

7. El amor es un juicio: aunque me equivoque, sé qué me corresponde

por Julián Carrón*

Entonces, continúa don Giussani –fijaos qué es lo que nace de una historia particular–, «la persona completa, el yo entero, es el protagonista de la moral». No una parte de nosotros, no un yo que dice: «Hago esto porque debo, pero lo que en realidad me gustaría hacer es otra cosa». No, el protagonista de la moral es el yo entero. «Y la persona está constituida por una ley que se resume en una palabra que todos creemos conocer y cuyo significado, solo después de mucho tiempo, si tenemos un mínimo de fidelidad hacia lo que somos, empezamos a entrever: amor. La persona tiene como ley el amor. [Porque] “Dios, el Ser, es amor”, escribe san Juan. El amor es un juicio conmovido por una Presencia que está vinculada a nuestro destino. Es un juicio, igual que cuando se dice: “Ese es el Mont Blanc”, “este es un gran amigo mío”. El amor es un juicio conmovido por una Presencia que está ligada a mi destino, que yo descubro, entreveo, presiento que está vinculada a mi destino», a mi cumplimiento. «Cuando Juan y Andrés le vieron por primera vez y le oyeron decir: “Venid a mi casa. Venid y veréis”, y se quedaron con él durante aquellas horas para oírle hablar, no entendieron, pero presintieron que aquella persona estaba ligada a su destino. Habían oído a todos los que hablaban en público, a los de todos los partidos, habían escuchado sus opiniones, pero solo aquel hombre estaba ligado a su destino»¹, correspondía a su espera. ¡Qué liberación! El amor es un juicio que nace de esta correspondencia. Aunque me equivoque, sé muy bien qué me corresponde: Cristo. Aunque a veces prefiera otra cosa, sé perfectamente dónde está mi cumplimiento. Yo te quiero por eso, Cristo. Podré alejarme de ti, pero no puedo separarme de ti sin perderme a mí mismo.

Por eso «la moral cristiana es la verdadera revolución en la tierra, porque no es un elenco de leyes, sino amor al ser: podremos equivocarnos mil veces, pero siempre se nos perdonará, siempre comenzaremos de nuevo nuestro camino, si nuestro corazón [¡atención: usa el condicional!] parte con un “sí”». La moral cristiana no es mecánica, no es automática, no significa que todo dé igual, porque exige una condición: que el corazón parta de un «sí». «Lo importante de ese “Sí, Señor, te quiero” es que toda nuestra persona viva una tensión determinada por la conciencia de que Cristo es Dios y por el amor a este hombre que ha venido por mí: toda mi conciencia está determinada por esto, y me puedo equivocar mil veces al día, hasta avergonzarme de levantar la cabeza, pero esta certeza no me la quita nadie. »

* Del cuadernillo de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación 2016.

© 2016 Fraternità di Comunione e Liberazione para los textos de J. Carrón «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada».

» Solo le pido al Señor, le pido al Espíritu que me cambie, que me haga imitar a Cristo, que mi presencia sea como la de Cristo. [...] Me pueden reprochar cien mil errores, me pueden mandar a los tribunales, el juez me puede enviar a la cárcel sin ni siquiera interrogarme, cometiendo una injusticia patente, sin considerar si lo hice o no lo hice, pero no me pueden quitar este afecto que continuamente me hace exultar de deseo de bien, es decir, de adhesión a Él. Porque el bien no es lo “bueno”, sino que es adherirse a Él. [Él es el bien] [...] Seguir ese rostro, su presencia, llevar su presencia a todas partes, anunciarlo a todos para que esta presencia domine el mundo, puesto que el fin del mundo llegará cuando esta presencia sea evidente para todos»².

Dada la centralidad de este punto, y sabiendo que también nosotros somos de dura cerviz, don Giussani repite: «La nueva moral es un amor, no unas reglas que cumplir. Y el mal es ofender al objeto de este amor u olvidarlo. Después se puede decir, analizando con humildad el curso de la vida de un hombre: “Esto está mal, esto está bien”. Se pueden enumerar, ordenándolos, todos los errores en los que el hombre puede caer: se puede hacer un libro de moral. Pero la moral está en mí, que amo a Aquel que me ha hecho y que está aquí. Si no fuera esto, podríamos usar la moral exclusivamente en provecho propio; en cualquier caso sería desesperante. Basta con leer a Pasolini o a Pavese para entenderlo: no, basta con acordarse de Judas»³.

¹ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 87.

² *Ibidem*, pp. 87-88.

³ *Ibidem*, p. 88.